

Al cruzarse con ellos, el postillón contempló un momento, guiñando los ojos, aquel grupo de rostros enrojecidos por el beber y el reír y que iban camino de su casa cantando alegremente al vaivén con que los hondos baches de la carretera balanceaban el pequeño carruaje...



# Un encuentro

1856



Un encuentro

## I

**E**STAMOS de expedición. La campaña tocaba á su fin. Acabábamos de abrir la brecha esperando cada día la orden del Estado Mayor para entrar en el fuerte. Nuestra división de artillería hallábase sobre la falda de una cadena de montañas abruptas que terminaba en un torrente muy rápido, el Metchik, teniendo la orden de cañonear el llano que se extendía más allá. En este llano pintoresco, fuera del radio de acción de los tiros, mostrábase en diversos puntos, principalmente por la tarde, grupos de montañeses á caballo que venían á contemplar por curiosidad el campo ruso sin mostrarnos ninguna hostilidad. La tarde era tranquila, calmosa y fría, como lo son por lo regular el mes de diciembre en el Cáucaso. El sol ocultábase por la izquierda, detrás de las abruptas aristas de las montañas, lanzando sus rojos rayos sobre las tiendas de campaña, sobre los movedizos grupos de los soldados y sobre nuestros dos cañones que, á pocos pasos de nosotros, permanecían inmóviles, pesados, pareciendo alargar su cuello por encima del parapeto.

El piquete de infantería establecido á la derecha, sobre un montículo, destacábase con nitidez á la luz del sol poniente, con sus haces de fusiles, su centinela, el grupo de soldados y el humo de sus hogueras ya encendidas á un lado y otro; á mi alrededor, sobre el suelo negruzco, apisonado, blanqueaban las tiendas de campaña, detrás de las cuales mostrábase negruzcos los troncos húmedos de la selva de plátanos, en donde sin interrupción

resonaban los golpes de hacha, crujían los troncos y tumbábanse, cayendo con estrépito los árboles ya casi cortados. Las humaredas azuladas, en forma de columna, elevábanse de todos lados hacia el cielo azul-claro, glacial. Más allá de las tiendas, hacia abajo, cerca de la ribera, montados en sus caballos que piafaban y se encabritaban, los cosacos, dragones y artilleros volvían de abrevarlos. Empezaba á helar. Los sonidos oíanse con una nitidez particular y la mirada extendíase lejos sobre el llano, á través de la diáfana atmósfera. Los grupos enemigos, sin excitar mucho la atención de los soldados, se extendían tranquilamente por los rastros amarillentos de los campos de maíz. Por todos lados, á través de los claros de árboles, percibíanse las altas pértigas de los cementerios y las chozas humeantes.

Nuestra tienda levantábase no lejos de los cañones, sobre un sitio seco y alto desde donde la mirada podía extenderse hasta muy lejos. Al lado de la tienda, cerca de la batería misma, en un sitio limpio, habíamos establecido un juego de bolos. Los soldados, diligentes, habían colocado entorno pequeños bancos rústicos y en uno de los lados una pequeña mesa. En vista de todas esas comodidades, á los oficiales de artillería, nuestros camaradas, y á algunos de infantería, gustábase reunirse por la tarde en nuestra batería á la que titularon el *Club*.

La tarde era hermosa. Los mejores jugadores estábamos allí reunidos jugando á los bolos. El abanderado D..., el teniente O... y yo habíamos perdido dos partidas seguidas y en medio de la general alegría y risa de los espectadores,—los oficiales, soldados y asistentes que nos miraban desde sus tiendas—tuvimos que pasear á los victoriosos montados sobre nuestras espaldas, de un extremo á otro del campo de juego. Lo más gracioso fué ver al grueso capitán ayudante Sch... como iba jadeante y sonriendo dulcemente, con sus piernas arrastrando por el suelo, montado á horcajadas sobre el pequeño y flaco teniente O... Tuvimos que abandonar el juego, pues se hacía tarde. Los asistentes nos trajeron para los seis jugadores tres vasos de té sin sus platillos, y después de beber nos acercamos á los bancos en donde tomamos asiento. Cerca de uno de ellos hallábase de pie un individuo, no muy alto, arqueado de piernas, vestido con una pelliza corta, y con una gorra blanca de largos pelos, muy bien alisados.

En cuanto encendimos nuestros cigarros, sentados cerca de él, indeciso quitóse y púsose varias veces su gorra y con aire de querer aproximarse á nosotros se detuvo de nuevo; mas, decidido sin duda á no pasar desapercibido, el desconocido quitóse de

nuevo su gorra y, pasando por detrás nuestro, acercóse al capitán ayudante Sch...

—Hola, Guskantin! Y bien, cómo os encontráis, querido? díjole Sch... sonriendo dulcemente bajo la influencia aun del recuerdo de su flaca cabalgadura.

Guskantin, como le llamó Sch..., encasquetóse del todo su gorra é hizo el gesto de meterse las manos en los bolsillos, mas en su pelliza no había tales bolsillos, á lo menos por el lado que yo la veía, de modo que su roja y pequeña mano se quedó colgando en actitud embarazosa. Entráronme deseos de saber qué era aquel hombre, si un junker ó un degradado; y sin fijarme en que mis miradas le turbaban en gran manera, por ser yo para él un desconocido, continué examinando con atención su vestido y toda su persona. Sus ojos, pequeños, redondos, adormecidos, miraban con inquietud por debajo de su gorra blanca y sucia caída sobre su rostro. Una nariz gruesa é irregular, entre dos mejillas ahuecadas, hacía resaltar su flacura enfermiza y nada natural. Los labios apenas cubiertos por un bigote escaso, color de cáñamo, los movía constantemente como si estuviera ensayando siempre nuevas expresiones, sin lograr evitar empero el que se trasluciera en su rostro la expresión del temor y la precipitación. Una banda de tela verde, disimulada por la pelliza, rodeaba su cuello flaco y venoso. La pelliza era ya muy usada y corta, guarnecida de piel de perro en el cuello y en los falsos bolsillos, sus pantalones eran á cuadros color de ceniza y las botas de soldado, de cañas cortas deslustradas.

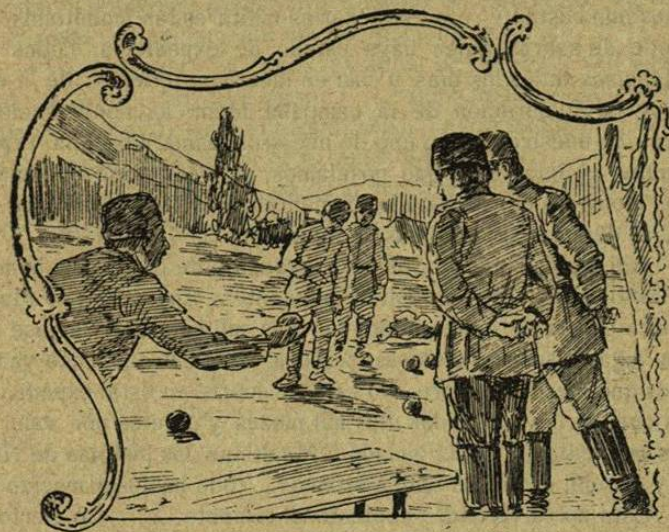
—No os molestéis,—díjele cuando, al mirarle nuevamente, saludóme quitándose la gorra.

Saludóme entonces con expresión de reconocimiento, volvió á cubrirse y sacando de su bolsillo una bolsa de piel que contenía tabaco, púsose á liar un cigarrillo.

Yo mismo, no há mucho tiempo que era junker todavía, un pobre junker indigno de ser tomado á las veras por un activo y joven camarada; yo fui también un junker sin fortuna, he aquí porque, conociendo toda la pena moral de esa situación para un hombre joven y ambicioso, compadecía á todos los que se encontraban en idéntica posición y por esto procuraba adivinar su carácter, su mentalidad y las tendencias de su inteligencia para luego juzgar de sus sufrimientos morales. Este junker ó exhonorado, á juzgar por su inquieta mirada y por los cambios que constantemente expresaba su rostro, que había notado en él, me hacía el efecto de un hombre no necio del todo, pero muy ambicioso y por lo tanto digno de honda piedad.

púsculo empezaba á envolver, comentábamos riendo los percances del juego.

El desconocido no tomaba parte alguna en la conversación y rehusó obstinadamente el té que le ofrecí varias veces; sentado en el suelo al estilo tártaro, cortaba su tabaco menudamente y luego



## II

EL capitán ayudante Sch... propuso otra partida de bolos con la condición de que los que la perdieran, además de transportar á cuestras á los vencedores, pagarían alguna botella de vino rojo, ó bien el ron, el azúcar, canela y clavos de especie para confeccionar un ponche bien fuerte, en honor de ese invierno tan frío, en nuestro destacamento. Guskantin, como de nuevo le llamó Sch..., fué invitado á tomar parte en la partida, mas antes de empezarla, luchando visiblemente entre el placer que esta invitación le produjo y un temor no definido, llamó aparte al capitán ayudante Sch... murmurando á su oído algunas frases. El bueno del capitán dióle algunos golpecitos en el vientre con su gordinflona mano, á la vez que le decía en alta voz: «Esto no es nada, padrecito, os creo bien...»

Cuando la partida hubo terminado, resultó que el menos graduado, el desconocido, la había ganado y que por lo tanto debía montar á horcajadas sobre uno de nuestros oficiales, el abanderado D... Este, abochornado, dirigióse hacia el banco y propuso al desconocido cambiar la suerte por algunos cigarrillos. Mientras tanto nosotros encargamos el ponche y en la tienda de los asistentes se oía ya á Nikita enviando á un soldado á buscar la canela y los clavos de especie, mientras que sus gruesas espaldas hinchaban la tela mal sujeta de la tienda; luego, los siete nos sentamos en los bancos y bebiendo por turno té en los tres vasos que los asistentes nos habían traído y contemplando la llanura que el cre-

hacia con él cigarrillos que se fumaba uno tras otro, no por el placer de fumarlos, seguramente, sino para tener el aire de estar ocupado. Cuando en el transcurso de la conversación mencionóse que se esperaba para el día siguiente la orden para emprender la retirada ó para atacar de frente, el desconocido levantóse sobre sus rodillas y dirigiéndose al capitán ayudante Sch... manifestóle que, al llegar él allí, venía de casa del ayudante de campo y que éste acababa de escribir la orden para efectuar la retirada el día siguiente. Tan pronto empezó á hablar, callamos todos, y, á pesar de su evidente timidez, le hicimos repetir la noticia, para nosotros tan interesante, lo que hizo añadiendo que él se *encontraba allí* y que *estaba sentado* en casa del ayudante de campo, *en la que habita*, cuando trajeron la orden.

—Tened cuidado, padrecito! Si decís verdad, entonces, iréis á la compañía á dar órdenes para mañana,—dijole el capitán ayudante.

—Pero, por qué no ha de ser así... Puede que sea de otro modo... Yo, seguramente...—contestó balbuciendo el soldado, mas súbitamente se calló y decidióse á tomar el aire de un hombre ofendido; frunciendo las cejas y con afectación murmuró algunas palabras que nadie entendió, volviendo otra vez á su tarea de hacer cigarrillos, mas ya en su petaca no había ni pizca de tabaco, y dirigiéndose á Sch... le pidió que *le prestara un cigarrillo*. Prolongamos aun bastante rato esas charlas militares tan monótonas, que conoce de sobras quien haya estado de expedición. Todos nos quejábamos todos los días y casi en idénticos términos de la enojosa y larga duración de la campaña; idénticas conversaciones acerca de nuestros jefes; uno de nuestros camaradas leía, repetidamente, el único libro que poseíamos, otro andábase quejando á cada momento de su estado, comentábamos las asombrosas ganancias de éste, las pérdidas de aquel otro...

—Ahí tenéis, querido, nuestro ayudante de campo, es hombre extraordinario,—dijo el capitán ayudante.—En el Estado Mayor siempre estaba de suerte, todos los días salía ganando, jugase con quien jugase, sumas fabulosas, y ahora, cosa extraña, hace ya dos meses que pierde siempre. No está de suerte en esta expedición, creo que ya lleva pérdidas dos mil piezas y objetos por valor de otras quinientas; el lápiz ganado á Monkhine, las pistolas de Nikiline y el reloj de oro de Sadi Voronzov... tódo ha desaparecido ya.

—Esto no es verdad!—contestó el teniente O...—Lo cierto es que nos ha espumado á todos, nadie puede jugar con él.

—Efectivamente, nos lo ha quitado todo; pero mientras tanto él se ha quedado en camisa,—exclamó riendo con muchas ganas el capitán ayudante.—Ved, Guskov vive con él, en su casa, y esto es lo que le hará ahora perder, no es eso, querido?—dijo dirigiéndose á Guskov.

Este echóse á reír, tenía una risa que daba pena, enfermiza, que cambiaba por completo la expresión de su rostro. Me pareció reconocer estos cambios de fisonomía, creí haber visto otra vez á este hombre; de otra parte, su verdadero nombre Guskov me era conocido, mas cuándo y en dónde le había visto, esto me fué imposible recordarlo.

—Sí,—contestó Guskov llevando sin cesar su mano al bigote y volviéndola á bajar sin tocarlo, decididamente Pablo Dmitrievitch no está de suerte en esta expedición. *Año de desgracia*,—añadió con una pronunciación francesa muy estudiada, pero á la vez muy pura, que á mí me pareció también haberla oído en algún otro sitio muy amenudo.—Conozco muy bien á Pablo Dmitrievitch y me

confía todos sus secretos; somos antiguos conocidos... es decir, él me quiere,—añadió visiblemente asustado de la categórica afirmación de su antigua amistad con el ayudante de campo.—Pablo Dmitrievitch juega admirablemente, y es muy extraño que le llegue el momento de decir: Todo se ha perdido. *La fortuna se le ha vuelto*...—dijo dirigiéndose á mí en particular.

Desde el momento en que había empezado á hablar, yo le había prestado indulgente atención, y después de esta nueva frase francesa todos benévolamente nos volvimos hacia él.

—Yo he jugado con él casi un millar de veces, y ved qué cosa más extraña,—dijo el teniente O... acentuando singularmente la palabra *extraña*,—con él nunca, jamás he logrado ganar; mientras que jugando con otros algunas veces gano.

—Pablo Dmitrievitch juega admirablemente, le conozco desde hace mucho tiempo,—respondí yo.



### III

A sí era en efecto; conocía al ayudante de campo desde algunos años, le había visto muchas veces tener delante de sí, en el juego, sumas fabulosas, en atención á los medios de los oficiales; admiraba su hermoso rostro, algo sombrío, pero siempre sereno, su pronunciación lenta, de la baja Rusia, sus objetos artísticos, sus hermosos caballos, su bravura y sobre todo su manera seguida, limpia y agradable de conducir el juego. Muchas veces, mirando sus manos regordetas y blancas, con el índice adornado de brillantes, barajando las cartas, me había quedado maravillado de sus anillos, de sus blancas manos y de toda su persona... y luego me sobrevenían acerca de él una avalancha de malos pensamientos; pero enseguida, razonando fríamente, me convencía de que en él había tan sólo un más inteligente y mejor jugador que todos sus compañeros, singularmente me sucedía esto cuando escuchaba sus razonamientos generales acerca del juego, los cuales no retiraba aún viendo aumentarse sus ganancias; en estos casos era cuando más hacía resaltar que la regla esencial del juego es la de jugar siempre *dinero contante*... Además, era cosa clara que, si ganaba todos los días más que otros, era debido á ser más inteligente en el juego y poseer más sangre fría que todos nosotros; el caso era que, apesar de todo esto y de su tan ponderado juego, habíalo perdido todo durante esta expedición; no sólo su dinero, si que también sus objetos de más valor, lo que constituía para un oficial la más dolorosa pérdida.

—Conmigo ha tenido siempre una suerte infernal!—exclamó el teniente O...—He formado el firme propósito de no volver á jugar más con él.

—Qué original os volvéis, mi viejo amigo,—respondióle Sch... guiñando el ojo de mi lado.—Habéis perdido trescientos, eh?

—Más,—respondió con tono enfadado el teniente.

—Vaya, la razón os vuelvo, aunque tarde, querido. Todo el mundo os conoce desde hace tiempo por el *griego* del regimiento,—contestó Sch... sin poder apenas contener la risa, contento de su salida.—Mirad, Guskov está presente, éste es el que le prepara las barajas, de ahí les viene su gran amistad, amigo!—y el bueno del capitán ayudante estalló á reír con grandes carcajadas y temblándole todo el cuerpo, hasta el extremo de verse obligado á soltar el vaso de ponche que tenía en la mano.

Una llamarada de rubor apareció en el semblante amarillo y flaco de Guskov; intentó varias veces abrir los labios, elevó su mano hacia su bigote dejándola caer de nuevo hasta la altura donde debía existir el bolsillo, levantóse, volvió á sentarse, hasta que, con voz entrecortada, dijo á Sch...:

—Esto no es más que una broma, Nikolai Ivanovitch! Decís tales cosas delante de hombres que no me conocen y me ven vestido con una pelliza usada... que parece...—su voz se veló de nuevo, y de nuevo sus pequeñas manos coloradas con uñas negruzcas se agitaron de la pelliza al rostro, tan pronto atormentando su bigote como los cabellos ó la nariz, ya frotándose los ojos ó rascándose la barba.

—Y qué? Todo el mundo lo sabe ya, querido!—continuó Sch... muy contento de sus chanzas y sin fijarse en la emoción de Guskov.

Este murmuró aun algunas frases y, con el codo derecho apoyado sobre las rodillas y la mano plegada en una posición poco natural, se quedó mirando á Sch... y apareció en su rostro una sonrisa de desprecio.

«No, pensé yo, viendo esta sonrisa, no solamente le has visto en alguna parte, sí que también le has hablado».

—Me parece que nos hemos visto ya en alguna otra parte,—dijele cuando bajo la influencia del silencio general, la risa de Sch... empezó á calmarse.

La movible fisonomía de Guskov iluminóse de pronto, sus ojos, por primera vez, con franca y alegre expresión se posaron en mí.

—Sí, sin duda, yo os he reconocido enseguida,—contestóme

en francés.—El 48 tuve el placer de encontraros muchas veces en Moscova, en casa de la señora Ivachine, mi hermana.

Excuséme de no haberle reconocido enseguida del todo, con sus nuevas apariencias.

Levantóse, acercóse á mí y con su mano húmeda, de un modo irresoluto y tímido estrechó mi mano y sentóse á mi lado; en vez de mirarme, lo que hubiera sido natural si se hubiese alegrado de verme, volvióse hacia



los oficiales con una expresión de jactancia muy desagradable. Puede que por el hecho de haber reconocido yo en él un hombre á quien había visto algunos años atrás vestido de frac en un salón, ó porque estos recuerdos le engrandecieran á sus propios ojos, parecióme que su cara y sus movimientos eran del todo diferentes, pues

demonstraban vivacidad de espíritu, la infantil satisfacción de la conciencia de ese espíritu y una cierta negligencia despreciativa; si bien, lo confieso, á pesar de la situación miserable en que se mostraba, mi antiguo conocido no me inspiraba ninguna piedad y sí sólo un sentimiento del todo desagradable.

Recordé vivamente nuestro primer encuentro; durante el año 48 iba muy amenudo, cuando mi estancia en Moscova, á casa de Ivachine, con quien había sido condiscípulo, siendo siempre para mí un buen amigo. Su mujer era una agradable ama de casa, lo que yo llamo una mujer encantadora, mas á pesar de esto no era del todo de mi agrado... Aquel invierno, cuando trabé con ella conocimiento, hablábame muy amenudo, con mal disimulado orgullo, de su hermano que acababa de terminar los estudios; era éste, según ella, el joven más instruído y más cuidadoso de todo San Petersburgo. Conociendo de nombre al padre de Guskov, hombre muy rico y muy importante y oyendo la opinión de su hermana, trabé conocimiento con el joven Guskov con cierta prevención. Una vez, por la tarde, al ir á casa de Ivachine, encontré

en ella á un joven de mediana talla, de agradable aspecto, vestido de frac negro, corbata y chaleco blancos y á quien habían omitido presentarme. El joven aquel, que evidentemente se preparaba por ir al baile, con el sombrero en la mano estaba delante de Ivachine discutiendo con calor, pero con muy buenos modos, acerca de uno de nuestros comunes amigos, que se distinguía entonces en la campaña de Hungría. El negaba el heroísmo de esa persona, negaba que fuera un hombre nacido para la guerra, como se decía, y le juzgaba solamente inteligente é instruído; recuerdo que tomé parte en la discusión en contra de Guskov, poniéndome en el extremo opuesto y probando que la inteligencia y la instrucción están en sentido inverso del valor; recuerdo como Guskov, con calma y firmeza, probóme que el valor era el resultado necesario del espíritu y de un cierto grado de su desenvolvimiento, y que yo, que me consideraba como inteligente é instruído, no podía ni en secreto consentir en lo contrario. Recuerdo que al final de nuestra discusión la señora Ivachine me presentó á su hermano, y que éste, sonriendo con inteligencia, tendióme su pequeña mano, que no había tenido el acierto de enguantar para ello, y que, como hoy, débilmente y con timidez estrechó la mía. A pesar de mis prevenções contra Guskov tuve que hacerle justicia y ponerme de acuerdo con su hermana, reconociendo en él á un joven inteligente y amable que debía tener un buen recibimiento en el gran mundo.

Se presentaba extraordinariamente cuidadoso, elegantemente vestido, tenía las maneras osadas á la vez que modestas, su aire juvenil, casi infantil, hacían que involuntariamente se le excusase la expresión de satisfacción personal y el deseo de exteriorizar su superioridad delante de los otros y que reflejaba constantemente su rostro inteligente y hasta su sonrisa. El nos contaba que había obtenido durante aquel invierno un gran éxito entre las damas de Moscova. No sé hasta qué punto fuesen ciertos estos triunfos, á pesar de la constante expresión de bondad de su juvenil aspecto y de sus relatos llenos de vanidad; apenas nos habíamos encontrado unas seis veces, conversando largamente, si bien casi siempre era él el que hablaba, limitándome yo á escuchar.

Hablaba muy amenudo en frases, con lenguaje gracioso, lógico y pintoresco y sabía durante la común conversación interrumpir dulcemente y con urbanidad; en general, se las tenía muy tiesas con todos y conmigo, y yo, como me sucede siempre con las personas firmemente convencidas de que deben tomarlo desde muy alto conmigo y á las cuales conozco poco, dejaba que él tuviese siempre razón acerca del asunto que se discutía.

Así, pues, cuando se sentó cerca de mí y tendióme la mano encontré rediviva en él la expresión altanera de otros tiempos, pareciéndome que no obraba del todo lealmente al interrogarme negligentemente acerca de lo que yo había hecho durante aquel tiempo y el por qué de hallarme allí.

A pesar de que siempre le respondí en ruso, él me hablaba en francés, con lo que me dió ocasión de fijarme en que no se expresaba tan bien como antes en esa lengua. Acerca de sí mismo díjome que después de su triste y estúpida *historia*, de la cual y en qué consistía no me dijo nada, había estado tres meses arrestado y después enviado al Cáucaso, al regimiento de N... en el que hacía tres años era soldado.

—Vos no creeréis,—díjome en francés,—lo que he sufrido en este regimiento con la sociedad de sus oficiales. Dichosamente para mí, había conocido ya al ayudante de campo del que habéis oído hablar; éste sí que es un buen hombre,—añadió con cierta indulgencia.—Yo vivo en su casa y para mí éste es un pasable alojamiento, *en donde, querido, los días se suceden, pero no se parecen...*—de golpe se detuvo confuso y avergonzado, levantándose de su sitio al ver que este mismo ayudante de campo de quien estábamos hablando, se acercaba á nosotros.

—He sido muy dichoso en volver á encontrar á un hombre como vos...—díjome alejándose de mí.—Tengo multitud de cosas que deciros.

Yo me declaré muy contento de ello, pero conociendo que en realidad Guskov me inspiraba una conmiseración nada simpática, más bien penosa.



#### IV

PRESENTÍA que habría de serme algo molesto hablarle, pero á pesar de esto quería saber de él muchas cosas y sobre todo el por qué, siendo su padre tan rico, él hallábase en tal abandono á juzgar por sus vestidos y por sus maneras.

El ayudante de campo nos saludó á todos, excepto á Guskov, y se sentó á mi lado, en el mismo sitio que había ocupado aquél. Así como antes, cuando jugaba teniendo mucho dinero, siempre aparecía calmoso y lento, ahora parecía otro hombre ese Pablo Dmitrievitch de como yo le había conocido en el periodo floreciente de sus juegos. Ahora tenía el aire de llevar prisa, mirábanos á todos sin cesar y no pasaron cinco minutos que él mismo, que siempre rehusaba jugar, propuso una banca al teniente O... Este no aceptó la proposición, bajo pretexto de tener ocupaciones, cuando en realidad era que, sabiendo que á Pablo Dmitrievitch no le quedaba ya ni dinero ni cosa que lo valiera, no creyó prudente arriesgar sus trescientos rublos contra ciento y quizás menos, que pudiera ganar.

—Y qué, Pablo Dmitrievitch!—exclamó el teniente, que deseaba evidentemente evitar que repitiése la proposición.—Es verdad que mañana nos ponemos en marcha?

—No lo sé,—contestó Pablo Dmitrievitch.—Solamente hay la orden de prepararse; verdaderamente, sería mucho mejor que nos pusiésemos á jugar, yo pongo en el juego mi mejor caballo.

—No, hoy no; ya...



—El gris. Ea!... y si queréis dinero contante!... Amigo, vamos?  
 —Pues... Yo con placer jugaría, no penséis que...—dijo el teniente O... respondiendo á sus propias dudas.—Mas, puede que mañana tengamos que emprender una excursión y sería mucho mejor irnos á descansar.

El ayudante de campo se levantó y metiendo las manos en sus bolsillos, púsose á andar sin salirse del pequeño círculo que formábamos. Su rostro volvió á tomar su habitual expresión de frialdad y de un cierto orgullo que me gustaba ver en él.

—Queréis tomar un vaso de vino caliente?—preguntéle.

—Con mucho gusto,—respondió dirigiéndose hacia mí, mas Guskov apresuradamente cogió el vaso de mis manos para llevarlo al ayudante de campo, esforzándose en no mirarle.

Pero Guskov, que no se había fijado en la cuerda que sujetaba



la tienda, tropezó con ella, se le escapó el vaso de las manos y cayó de bruces al suelo. Todos nos echamos á reir, hasta el mismo Guskov, que levantándose frotaba las manos sobre sus rodillas.

—Este es un oso que sale de su cueva!

—exclamó el ayudante de campo.—He aquí el modo que tiene de servirme todos

los días, así ha arrancado todas las estacas de la tienda, á cada momento anda tropezando.

Guskov, sin escucharle, excusóse conmigo, mirándome con triste sonrisa poco acentuada, con la que parecía decirme que yo solamente era el que podía comprenderle. Estuvo lamentable, es verdad; pero el ayudante de campo, su protector, parecía, no sé por qué, excitar aun á su compañero de vivienda y no querer dejarle tranquilo.

—No es verdad que es un mozo hábil?

—Pero, quién no tropieza con esas estacas, Pablo Dmitrievitch?  
 —respondió Guskov.—Vos mismo anteayer tropezasteis con una de ellas.

—Yo, querido, no soy un subalterno, y por lo tanto no tengo necesidad de esa aptitud.

—El puede arrastrar los pies,—dijo en esto el capitán ayudante Sch...—y el subalterno debe saltar.

—Vaya, que es ésta una extraña broma,—murmuró Guskov bajando los ojos.

El ayudante de campo estaba evidentemente irritado contra Guskov y buscaba herirle con cualquier pretexto.

—Será necesario enviarle de nuevo al escusado...—dijo dirigiéndose á Sch... y mirando de frente al infeliz.

—Entonces, allí serán de nuevo las lágrimas!—exclamó Sch... riéndose.

Guskov ya no volvió á mirarme é hizo como si sacase tabaco de su petaca, apesar de que hacía rato que estaba completamente vacía.

—Preparaos á ir al escusado, querido,—dijo Sch... sin poder contener su risa.—Las hogueras nos han anunciado hoy que un ataque contra nuestro campo se prepara para esta noche, y será necesario que mandéis la gente con que podamos contar.

Guskov sonrió con aire indeciso, como si fuera á decir algo y, después de intentarlo varias veces, dirigió una mirada suplicante hacia Sch...

—Y qué? he ido ya otras veces, é iré de nuevo, si allí me enviáis,—balbuceó.

—Vaya, si os enviaré!

—Y bien, iré... la gran batalla!

—Sí, como en Argonne, en donde abandonasteis vuestro puesto y tirasteis el fusil,—respondió el capitán ayudante volviéndole las espaldas y poniéndose á darnos órdenes para el día siguiente.

En efecto, por la noche oyóse la fusilería del enemigo contra nuestro campo, como preparación de algún movimiento para el día siguiente.